

e-ISSN: 2387-1555

DOI: <https://doi.org/10.14201/rea202111171190>

## CARMELO LISÓN Y LA EXPERIENCIA DEL TRABAJO DE CAMPO

*Carmelo Lisón and the Fieldwork Experience*

*Carmelo Lisón e a experiênciã de trabalho de campo*

José C. LISÓN-ARCAL

Universidad Complutense de Madrid

jclison@cps.ucm.es

Fecha de recepción: 12/01/2021

Fecha de aceptación: 8/02/2021

**RESUMEN:** Este texto se centra en resaltar algunos aspectos prácticos de la forma de hacer trabajo de campo y de entender la docencia de Carmelo Lisón. Presta especial atención a su papel innovador y a su perseverancia para sobreponerse a las dificultades que implicaba introducir en el proceso de investigación lo que en su momento eran novedosas tecnologías que cambiaban la forma tradicional de pensar y actuar en el proceso de construcción del conocimiento antropológico.

*Palabras clave:* Trabajo de campo; magnetofón; fotografía; filmación; etnografía visual.

**ABSTRACT:** This text focuses on highlighting some practical aspects of the way of doing fieldwork and of understanding Carmelo Lisón's teaching. It pays special attention to his innovative role and his perseverance in overcoming the difficulties involved in introducing into the research process what at the time were novel technologies that changed the traditional way of thinking and acting in the process of building anthropological knowledge.

*Key words:* Fieldwork; tape recorder; photography; filming; visual ethnography.

RESUMO: Este texto centra-se em ressaltar alguns aspectos práticos da forma de fazer trabalho de campo e de entender a docência de Carmelo Lisón. Presta especial atenção a seu papel inovador e a sua perspectiva para sobrepor-se as dificuldades que implicava introducir-se no processo de investigação, o que em seu momento eram novas-tecnologias que mudavam a forma tradicional de pensar e atuar no processo de construção do conhecimento antropológico.

*Palavras-chave:* Trabalho de campo; gravador; fotografía; filmagem; etnografía visual.

## I. PRENDIENDO LA LLAMA

Era una mañana de sábado invernal, gris y de un frío casi crujiente. Estaba oscuro, las farolas todavía lucían y resultaba incómodo estar parado en la calle. No hubo que esperar mucho tiempo porque enseguida apareció un microbús y con él un grupo de personas jóvenes, todas ellas estudiantes de Antropología. Comenzaba un fin de semana dedicado a explorar alguno de los muy diversos rituales festivos que se celebraban y celebran por la ancha geografía de nuestro país. Dirigía la expedición Carmelo Lisón acompañado de su mujer, Julia, y mi presencia allí se debía a que yo vivía en su casa mientras cursaba en Madrid el entonces llamado bachillerato superior. Aquella expedición no era algo inusual, aunque sí era la primera para mí y todo me resultaba exótico. No guardo recuerdos precisos, pero creo que recorrimos pueblos de la Sierra de Gredos. Cuando nos detuvimos en nuestro destino, los estudiantes, tras escuchar una serie de recomendaciones acerca de cómo actuar, se dedicaron, en general con la timidez del principiante, a tomar contacto con la gente local y a tratar de recoger información sobre algunos aspectos de la cultura local. Observaron también una celebración festiva en la que un grupo de jóvenes ataviados con trajes típicos se jugaban su integridad física. Recuerdo particularmente este detalle, no porque sus bailes implicaran evoluciones acrobáticas, sino porque se puso a nevar copiosamente y algunas danzantes resbalaban peligrosamente al ejecutar sus pasos. Carmelo empuñaba su cámara de Super-8 y filmaba la escena ajeno al temporal que en poco tiempo dejó un blanco manto en el que nuestros pies se hundían y la nieve rebasaba la inadecuada barrera protectora del calzado que llevábamos. Aunque sin saberlo, estaba viviendo una clase práctica de trabajo de campo antropológico.

Quienes nos iniciamos en la Antropología de la mano de Carmelo Lisón quedamos marcados de manera indeleble por la impronta de la importancia del trabajo de campo. Para él era no sólo la seña de identidad de la Antropología Social, era su modo epistemológico, la mejor manera de conocer, participando en la medida de lo posible, viviendo en directo, en primera persona la realidad que tratamos de aprehender y, en la medida de lo posible, comprender empáticamente. Era, sin lugar a dudas, el caballo de batalla de su actividad docente y siempre dejó claro que, únicamente tras haber realizado un trabajo de campo sistemático y prolongado

podía reconocérsele a quien hubiera culminado su formación académica en la disciplina la verdadera condición profesional de antropóloga o antropólogo. Fue sin duda esa preocupación porque los estudiantes asumieran esa premisa la que le impulsó a organizar sistemáticamente actividades como la que acabo de resumir. La teoría que se aprendía en las aulas, nos insistía reiteradamente, debía su representatividad y su valor a la calidad de la etnografía sobre la que se sustentaba, y esta solo podía construirse sobre un riguroso, metódico y sólido cimiento de trabajo de campo. Así pues, organizaba de manera recurrente esos viajes a modo de prácticas sobre el terreno en las que incitaba a participar a su alumnado.

Con frecuencia escogía para estas experiencias de aprendizaje la observación de rituales festivos que además filmaba y fotografiaba. En este sentido también era doblemente un innovador porque además de utilizar estos recursos visuales de recogida de datos nos ponía la cámara en las manos y nos empujaba a utilizarla. Algunos estudiantes se fueron acostumbrando a portar sus cámaras fotográficas y a hacer fotos, unas fotos que a veces se compartían y comentaban tratando de extraer de ellas sentido y significado y de apreciar su valor como contenedor de datos etnográficos. Aunque lo importante, se nos insistía, era dotarlas de contexto, arroparlas con otros datos y explicaciones que permitieran interpretarlas. En aquellas salidas podíamos ver a Carmelo Lisón abordando a la gente local y consiguiendo que algunas personas le concedieran tiempo para charlar un rato. Una oportunidad para interpelarlas sobre lo que estábamos observando y, fiel a su manera de hacer, solía llevar un pequeño magnetofón de casete para grabar aquellas entrevistas. Nosotros contemplábamos con admiración y cierta envidia aquella capacidad y desenvoltura de las que carecíamos pero sabíamos que tendríamos que aprender a desarrollar.

Aunque una vez sobre el terreno éramos libres de movernos a nuestro aire para observar, siempre se nos incitaba a prestar atención a los hechos y se nos orientaba sobre los que podían ser los momentos cruciales de los rituales festivos que íbamos a observar y que él ya había presenciado en otras ocasiones. Nos daba pautas para acercarnos a la gente local y nos incitaba a preguntarles sobre la fiesta, además de darnos ejemplo, pero sin presionarnos mucho. Bien es cierto que la presión la sentíamos quienes empujados por la curiosidad y la novedad nos aveníamos a tomar la cámara de Super-8 y a grabar bajo su tutela. El coste de las películas era muy elevado y el metraje disponible escaso, por lo que apretar el disparador y hacer correr el celuloide lo considerábamos una decisión que había que tomar con extrema cautela. En este sentido recibíamos instrucciones bastante precisas acerca de cuáles eran los momentos que había que filmar, qué situaciones eran más representativas de la intensidad de las vivencias asociadas al ritual y qué tipo de encuadres convenía favorecer.

De este modo, y casi sin darnos cuenta, íbamos aprendiendo a desarrollar una mirada antropológica que luego nos sería muy útil en nuestros primeros pasos haciendo trabajo de campo. Insistía en combinar planos generales que abarcaran la acción observada de una manera lo más completa posible con planos más

cortos en los que se pudiera apreciar con claridad y detalle la intensidad de la vivencia de los actores en la expresión de sus rostros en los momentos álgidos de la celebración. Debíamos aprender, además, a tener los ojos bien abiertos al espacio circundante, pues había también personas que participaban desde la distancia protegida de balcones y ventanas, y no por ello de manera menos intensa. Puesto que como ya he señalado él ya había presenciado aquellos rituales en más de una ocasión, nos daba instrucciones acerca de dónde y cómo situarnos para esperar el paso de los actores y captar la acción desde una perspectiva privilegiada para construir una excelente etnografía visual.

Durante algún tiempo las salidas para iniciarnos en el trabajo de campo se repetían y volvíamos a visitar lugares ya conocidos como Horcajo de Santiago, Almonacid del Marquesado, Alcoy o Calanda. En estas ocasiones aprovechábamos para retomar nuestras indagaciones allí donde las habíamos dejado el año anterior. Con este fin, antes de partir, solíamos revisar el material que poseíamos y nos preparábamos para afrontar una nueva oportunidad de cumplimentar los datos incompletos. Puesto que ya conocíamos el desarrollo de los hechos, planificábamos tomas concretas de momentos que considerábamos relevantes y poco o mal representados en el material del que ya disponíamos. De este modo se iba acumulando un metraje que aunque siempre escaso, acababa siendo suficiente para poder aportar una perspectiva bastante completa de los rituales filmados. Tenía especial interés en recoger suficiente información visual para poder utilizar el material fílmico en sus clases y conferencias. Estaba convencido de que la imagen en movimiento permitía a la audiencia conectar con los rituales así descritos de una manera más directa y emotiva y eso facilitaba su comprensión, además de su análisis e interpretación en directo. Y estaba en lo cierto, las imágenes de los audiovisuales favorecen una conexión emocional particular con los personajes y sus acciones de manera parecida a cómo los símbolos facilitan la interiorización de significados complejos difíciles de comprender y de explicar con palabras. Además, puesto que él mismo había grabado o participado directamente en la grabación de aquellas imágenes y había estado sobre el terreno entrevistando a la gente, podía completarlas con una interpretación antropológica que culminaba lo que se había iniciado como una clase práctica de trabajo de campo. Quedaba cerrado el círculo que empezaba con la observación y la recogida de datos, continuaba con la construcción de la descripción etnográfica visual y la ulterior interpretación verbal en directo para la audiencia. Eran los medios disponibles aprovechados al límite de lo imaginable.

Un problema técnico que acabaría por convertirse en una ventaja añadida de esta forma de recoger información mediante la cámara de Super-8 era el proceso de edición de las cintas de fotogramas para construir una narración visual. Digo visual porque en sus primeros tiempos el Super-8 no incorporaba banda de sonido y eso implicaba que grabáramos imágenes mudas. Nos enfrentábamos, por tanto, a un doble reto, superar el aspecto técnico de cortar y pegar adecuadamente los trozos de metraje grabados y conseguir construir con el material disponible

un relato mínimamente consistente y completo de los hechos sin contar con una banda sonora que aportara, como mínimo, sonido del ambiente. Sin embargo, la necesidad de aprender a editar aprovechando al máximo aquellos recursos nos obligaba a revisar una y otra vez las imágenes recogidas y a repasar los hechos. De este modo, sin apenas darnos cuenta, acabábamos disponiendo de un mapa mental bastante completo de las acciones grabadas y del ritual observado que facilitaba su ulterior análisis mientras pensábamos en las tomas que nos iban a hacer falta para poder construir una descripción visual mínimamente completa del mismo. Insisto en el detalle de descripción visual porque exigía pensar y planificar la recogida de datos de una manera muy diferente a la habitual. Si nos planteamos una descripción escrita a partir de una observación directa no es necesario recoger y guardar las palabras específicas que luego utilizaremos en el texto final porque siempre las tenemos disponibles para sacarlas de nuestra mente de manera casi ilimitada. Con las imágenes no hay tal disponibilidad; o las tienes porque se han grabado o no puedes disponer de ellas de ninguna otra manera. Bien es cierto que en la era digital la infografía permite recreaciones maravillosas, pero en la era del Super-8 no existía tal posibilidad.

Embarcados en este y otros proyectos visuales y haciendo de la necesidad virtud, quienes participamos en aquellas salidas fuimos aprendiendo a reconocer momentos, a analizar situaciones y procesos que se deslizaban ante nuestras miradas todavía desentrenadas sin casi darnos tiempo a percibirlos. A base de revisar, repensar, planificar y volver sobre el terreno, siempre con la necesidad de ser muy selectivos en la grabación, íbamos desarrollando casi sin darnos cuenta una manera de mirar y discriminar que nos ayudaría a entender mejor los hechos observados. En aquellos intentos de construir un relato visual volviendo una y otra vez sobre los datos grabados por un lado, y sobre el terreno para volver a grabar por otro, se iban solidificando la apreciación del detalle, la concentración en captar lo relevante y una mirada más inquisitiva, cualidades todas ellas muy adecuadas para el trabajo de campo antropológico.

También es cierto que aquellas experiencias casi lúdicas con las que nos acercábamos al trabajo de campo contrastaban con el rigor de las normas que Carmelo Lisón trataba de inculcarnos acerca del comportamiento que un profesional de la Antropología debía mantener sobre el terreno. Servirían, sin duda, en un futuro, para ayudarnos a solventar la percibida contradicción de que aquella severidad teórica habría que adaptarla con flexibilidad a la hora de situarse en el campo y convivir con la gente.

## II. PORTANDO LA ANTORCHA

Pateando trochas y caminos de la Galicia rural entre 1963 y 1965 dejó constancia de que sólo se puede predicar con el ejemplo. Pero su trabajo de campo no terminó ahí, pues tenía por costumbre visitar Galicia todos los años y dedicar

unos días a retomar itinerarios, recuperar contactos, inspeccionar lugares y volver a conversar con informantes. De algunos de esos viajes fui testigo y hay documentación fotográfica que lo evidencia, pues en ellos no podían faltar como fieles compañeros ni su cámara de fotos ni la mía, que él me había regalado. En este quehacer aprovechaba a veces para llevar estudiantes a tener su primera experiencia de campo conviviendo durante una semana con una familia, en un entorno rural, y participando en la vida y las actividades cotidianas propias de su actividad agropecuaria.

Desde el primer momento intentó planificar su trabajo de campo de manera sistemática y tratando de prever en lo posible las dificultades que iba a tener que afrontar y prepararse para cualquier contingencia. Pensando en que necesitaría hacer acopio de papel y bolígrafos para poder anotar los datos que recogiera recordó haber oído de la existencia de una máquina que permitía recoger la voz y luego reproducirla, aunque no sabía su nombre. Su espíritu inquieto y su genuina preocupación por recoger datos con la máxima fidelidad posible, le llevaron a indagar más sobre aquel aparato.

Al final, tras preguntar en numerosos establecimientos acabó encontrando referencias claras del mismo en una tienda de fotografía de Madrid, cercana a la Puerta del Sol, en una esquina entre la Gran Vía y Alcalá, según creía recordar. Le dijeron que sí que existía tal aparato, que se llamaba magnetofón y que aunque no disponían de ninguno para mostrarle, podían conseguirle uno si realmente estaba interesado. Le explicaron que había disponible un modelo alemán y otro español, y él, con su limitado presupuesto pensó que sería más barato el español, pues en aquellos años los bienes importados se gravaban con unos impuestos muy altos. También le advirtieron que aun los modelos más pequeños seguían siendo aparatosos, que pesaban 12 kilos, y que las cintas en las que se hacía la grabación eran bobinas abiertas de notable tamaño y precio. Nada de todo aquello le pareció un inconveniente para lanzarse a comprar uno y experimentar con él.

Encargó el modelo español y tardaron unas dos semanas en servirselo. Muy probablemente se trataba de un Ingra AM63 por las fotografías que he encontrado en internet y porque no había mucho más que elegir en el mercado nacional de la época. Datos y aspecto concuerdan con las imágenes que guardo en mi memoria, pues el aparato acabó almacenado muchos años en un trastero de la casa de mis abuelos cuando las cintas de casete lo volvieron obsoleto.

Cuando pudo ver por primera vez el aparato le pareció grande, pero pensó que aquello era lo que había y en cualquier caso suponía una ventaja poder disponer de él. Pidió que le explicaran cómo funcionaba, hizo pruebas para ver cómo resultaba la grabación de voz y decidió que realmente serviría a sus propósitos. Era perfectamente consciente de las limitaciones de aquel equipo pues comprobó que además de voluminoso tenía un peso elevado que hacía incómodo, cuando no difícil, su transporte. Más aún, sabía que una vez sobre el terreno, en la Galicia rural de la década de 1960, las dificultades se multiplicarían y a él siempre le gustó planificar con detalle su logística para evitar en lo posible situaciones de bloqueo

por falta de previsión. Era plenamente consciente de que para hacerlo funcionar necesitaba conectarlo a una red eléctrica pues era un aparato de válvulas, anterior a la aparición y generalización de los transistores que permitieron la primera miniaturización y el funcionamiento con baterías. Conocía el hecho de que todavía quedaban muchas zonas con una electrificación precaria o casi inexistente en el interior rural de aquella región en la que iba a trabajar, pero decidió seguir adelante y llevar consigo aquel magnetofón.



Foto n.º 1: Modelo de primer magnetofón que utilizó Carmelo en su trabajo de campo.

Con ese mismo espíritu, también pensó que le resultaría de utilidad para recoger información llevar una cámara fotográfica pues ya había adquirido cierto dominio de la técnica con su primera Agfa. La sustituyó con una fiable Petri Penta, una cámara japonesa poco conocida, de las primeras SLR (Single Lens Reflex) en comercializarse, con muy buenas prestaciones, absolutamente manual, aunque toda una innovación en aquel momento. Se hizo también con un fotómetro profesional para mejor controlar las exposiciones, pues hasta la década de 1970 no llegó la automatización en la lectura de la luminosidad. Si presto cierta atención a estos detalles técnicos, aunque sea de manera somera, es para resaltar el espíritu innovador de Carmelo, su carácter pionero, abriendo nuevos caminos en la forma de hacer el trabajo de campo. Adquirir y añadir aparatos tecnológicamente

novedosos a una forma tradicional de hacer las cosas implica el desarrollo de nuevas maneras de pensar y de abordar los problemas de siempre. En el caso de la Antropología y del trabajo de campo implicaba cambiar en buena medida la forma establecida de mirar y observar, de escuchar y de construir los datos que servirán para dar cuerpo a una etnografía y a un análisis posterior. Las miradas se podían encapsular en fotogramas que podían fijar situaciones, personas, acciones y espacios en instantáneas estáticas o incluso en metrajés dinámicos de cine en 8 milímetros o en Super-8. Los datos ya no serían solo anotaciones de texto y adquirirían una nueva dimensión y también densidad, aunque este adjetivo lo pondría de moda Clifford Geertz (1973) una década más tarde. Son estos pasos de Carmelo los primeros de una revolución silenciosa que se hará patente en la calidad de las monografías resultantes y de la enseñanza apoyada en sus grabaciones en 8 milímetros y en Super-8.

Cargado con 12 kilos de magnetofón ocultos en una aparente y aparatosa maleta de color grisáceo se encaminó a Galicia. Al principio, mientras exploraba sus primeros contactos, casi siempre médicos amigos de otros amigos de Zaragoza y Madrid que vivían en zonas urbanas o relativamente urbanas, y le abrían puertas a grupos de personas de entornos dotados de unas mínimas infraestructuras el aparato parecía un elemento que cumplía bien su cometido. Incluso, en aquellos días, resultaba un elemento atractivo para los potenciales informantes. Grabar su voz y luego poder escucharse una vez terminada la entrevista podía ser algo lo suficientemente novedoso como para aceptar gustosos una invitación a participar en aquellas extrañas reuniones. Se corría la voz, explicaba Carmelo, y aquello facilitaba su trabajo, especialmente al principio, cuando uno experimenta las inevitables inseguridades de la inmersión en un entorno nuevo en el que hay que ganarse la confianza de unos extraños a los que se intenta convertir en informantes. Pasó, en en breve, de tener que hacer uso de contactos para convencer a la gente de que le dedicara un poco de tiempo para contestar sus preguntas, a contar con numerosas personas dispuestas a participar en aquellas entrevistas. Llegó un momento en el que tenía que cortar la reunión a las tres de la madrugada porque la gente estaba encantada de participar y volver a escucharse e insistía en seguir hablando.

Así pues, lo que defienden quienes se sienten amenazados por la innovación de que cualquier elemento extraño que se introduce en un sistema ya establecido produce interferencias difíciles de aceptar y tiende a generar rechazo por parte de los integrantes de este sistema, no siempre es cierto. Aquel magnetofón, voluminoso, extraño y ajeno a aquel contexto, en lugar de provocar rechazo se convirtió en un imán. Todo es cuestión de dotar a esos elementos novedosos de un sentido que resulte aceptable y comprensible en el nuevo entorno, y si la suerte nos depara un camino abierto para ello, saber aprovecharlo. He citado en repetidas ocasiones a John Collier cuando en fechas posteriores a estos primeros pasos de Carmelo, ya en 1967, explicaba que la mejor forma de introducir en aquel entonces la poco frecuente presencia de una cámara de fotos en el campo era asociarla con una actividad justificable y comprensible del investigador. Decía



que resultaba complicado explicar a la gente qué hacía un antropólogo, pero no tanto decirles que tomaba fotos de aquellas actividades y objetos que formaban parte de la particular tradición local. Aquello le permitía también preguntar sobre lo que fotografiaba y le facilitaba su inmersión y aceptación en la comunidad que pretendía investigar.

A medida que los primeros contactos urbanos les fueron abriendo el paso hacia médicos y farmacéuticos rurales Carmelo y Julia empezaron a introducirse en un mundo muy diferente en el que resultaba más complejo superar las lógicas desconfianzas iniciales. Por suerte, encontraron una casa para hospedarse en Monfero propiedad de una pareja que los adoptó como sus protegidos y que se convirtieron de inmediato en sus intermediarios para contactar con la gente del lugar y sus alrededores. Hay que entender que el municipio coruñense de Monfero lo constituyen siete parroquias y abarca más de 170 kilómetros cuadrados. Esta pareja regentaba un local que hacía de bar restaurante y era reconocido en aquel entorno porque su dueña preparaba las mejores tortillas de patata de la zona. Allí acudían muchos parroquianos a pasar un rato de interacción vecinal compartiendo noticias y unos vasos de vino. También era un foco de interacción local los días de ferias o mercados y en momentos festivos. El lugar tenía una potencialidad enorme para observar comportamientos, hacer contactos y recoger información participando en las conversaciones informales como cauce para abrirse paso hacia la construcción de relaciones de confianza que permitieran luego realizar entrevistas en profundidad. Pero este es un proceso que requiere de mucho tiempo y bastante suerte, a no ser que se disponga de alguna persona situada en una posición estratégica adecuada para hacer de guía e introductor.

Este era el caso del propietario de aquel establecimiento, quien se convirtió en un auténtico informante privilegiado. Llegado el momento del día en el que, terminadas las labores del campo la concurrencia de clientes era mayor, el dueño se revestía de su autoridad de anfitrión y conminaba a un grupo de elegidos a subir a una habitación tranquila encima del local para contestar a unas preguntas de un señor interesado en conocer cosas que ellos sabían. Allí les esperaba Carmelo con su magnetofón preparado para entrevistarlos, pertrechado con unos paquetes de tabaco y vino que traía ya consigo el dueño del establecimiento. Introducía a las partes y tomaba la iniciativa de explicarles qué temas le interesaban al entrevistador. Durante las entrevistas participaba de manera activa incitando a unos y otros a hacer sus aportaciones en la línea de lo que entendía que era del interés de su inquilino. Para aquellas entrevistas se creaba una atmósfera muy adecuada para que los participantes se sintieran cómodos, en un ambiente de familiaridad, distendido, seguro, apto incluso para ciertas confidencias. Al igual que en los rituales de comensalidad, allí se compartían dos elementos simbólicamente significativos para generar sentido de comunidad, especialmente en aquellos tiempos y en aquel lugar, el vino y el tabaco. Era un ambiente casi ideal para las entrevistas en profundidad.

Cuando era necesario desplazarse a otras parroquias para continuar recogiendo información, aquel informante privilegiado dejaba a su esposa a cargo del negocio y se prestaba a hacer de guía. Como muy frecuentemente no era posible acceder en coche a los lugares de destino, contar con alguien conocedor del terreno y de sus gentes era la mejor fortuna para hacer trabajo de campo. Carmelo lo recordaba como una persona muy amable, incansable, que no paraba de fumar ni de hablar, nunca se cansaba de andar por aquellos caminos difíciles, y siempre se adelantaba a cargar con el pesado magnetofón para trasladarlo donde fuera necesario. Su disponibilidad era constante y hacía de intérprete de todo aquello que los informantes decían y al transcribirlo Carmelo no lograba entender. Disfrutaba sintiéndose parte del proceso de investigación, y a través de su participación había interiorizado su papel de guía y había ido descubriendo el sentido de las preguntas y de los focos de interés del investigador. Pronto, en las entrevistas en las que los informantes se desviaban del tema o parecían esquivos a proporcionar datos sobre alguna cuestión llegaba a intervenir poniendo orden. Les decía a los remisos que aquello que contaban era poco relevante, que lo que a ellos (se incluía en el papel de antropólogo) les interesaba era otra cosa y que lo que tenían que hacer era contar cómo habían hecho sus herencias o habían resuelto determinadas situaciones, porque él conocía lo que habían hecho y lo tenían que explicar allí. En muchos momentos llegaba a ser él quien intervenía haciendo las preguntas y tomando las riendas porque, como explicaba Carmelo, había aprendido el «rationale» de lo que él quería saber.

### III. CARRERA DE OBSTÁCULOS

La innovación también tenía sus contrapartidas y en muchas ocasiones, tras acarrear el peso del magnetofón por sendas y caminos de herradura para llegar a una aldea donde le esperaba un grupo de personas reconocidas como expertos en alguna cuestión relevante en su estudio, se encontraba con que no había corriente eléctrica para enchufar el aparato. En otros casos preguntaba de antemano si había electricidad en la casa para planificar mejor su entrevista y saber si convenía llevar el aparato, y aunque la respuesta era positiva, al llegar al lugar se encontraba con que la instalación se reducía a unas bombillas y no había enchufes o que el voltaje no era el adecuado para conectarlo. También hubo de enfrentarse a las típicas situaciones de cualquier proceso de adaptación y aprendizaje en las que se producen fallos por una manipulación inadecuada de algún control, el olvido de conectar una clavija o un error de cálculo respecto a las posibilidades de recoger el sonido. Pero los problemas técnicos, al fin y al cabo, reconocía, eran previsibles y no constituían un motivo importante de preocupación. Si no se podía grabar la voz y tocaba apañarse tomando notas, no era nada que no estuviera acostumbrado a hacer. Se perdía, indudablemente, la literalidad de la mayoría de las respuestas de los informantes, pero se contaba con lo esencial de la información que aportaban.

En cualquier caso, la grabación de las conversaciones conllevaba un esfuerzo añadido. Si por un lado hacía posible la recogida de los discursos de los informantes en todo su detalle y literalidad, luego había que transcribir las grabaciones. Esto siempre ha sido una tarea ardua y desgastante que casi cualquiera que la haya tenido que realizar reconoce como la parte menos agradable del trabajo de campo. En aquellos inicios las bobinas de cinta magnética eran caras y había que volver a utilizarlas para grabar de nuevo pero, aunque hubieran sido baratas almacenar la información en ellas era muy problemático por la imposibilidad de localizarla con facilidad. Si a eso se añade la dificultad de encontrar un enchufe para conectar el magnetofón y reproducir, y de contar con un mobiliario mínimo en el que acomodarse, la tarea de transcripción se complicaba aún más. Carmelo recordaba que las habitaciones que podía encontrar para alojarse en aquella Galicia de principios de la década de 1960 raramente tenían algo más que una cama y un armario. Contar también con un enchufe, una mesa y una silla era raro. Lo habitual era conectar un casquillo con enchufe a la única bombilla, tomar de allí la electricidad y acomodarse encima de la cama para con una mano controlar el teclado del magnetofón y con otra escribir. Un recurso extremo era buscar un bar, conseguir instalarse en una mesa y tratar de aislarse del paisaje sonoro circundante. Ahora bien, para él la captación fiel del detalle, de la minucia, del tono, del ambiente, de la expresividad, en la recogida de las conversaciones con los informantes que le proporcionaba el magnetofón compensaba todos los demás inconvenientes y, siempre que era posible lo utilizaba. Y luego lo recomendaba como herramienta imprescindible del trabajo de campo a sus estudiantes, respetando el compromiso ético.

Esa preocupación por la fidelidad y el detalle en la recogida de datos, además de exigirle un esfuerzo añadido superando obstáculos también le acarreó alguna sorpresa desagradable. En una ocasión, en la provincia de Lugo, la familia propietaria de la casa en la que estaba viviendo, movidos por la que supuso normal curiosidad, le preguntaron sobre su trabajo y los temas que le interesaba tratar en las conversaciones con la gente y que grababa con el magnetofón. Les explicó que uno de los temas que más le interesaban en aquel momento era la forma en la que se hacían las herencias. Inmediatamente le ofrecieron traerle personas que le podían informar sobre aquello, pero conocían a una pareja que seguro iban a resultar una auténtica mina de información. Y realmente cumplieron con las expectativas que crearon. Carmelo disfrutó de unos informantes que le dedicaron toda una mañana para explicarle con detalle cómo se hacían allí las herencias de acuerdo con su sistema de filiación patrilineal y poniendo como ejemplo su caso concreto. Hicieron un auténtico esfuerzo por resolver las dudas y problemas que tenía para entender las particularidades de aquel modelo de transmisión del patrimonio en el que prácticamente todo iba a quedar en manos de un único hijo. El ambiente no podía ser más adecuado pues, tal como le habían prometido, no había nadie en la casa que pudiera interferir aquella larga, intensa y productiva entrevista en profundidad. Al llegar la noche apareció toda la familia de los entrevistados y le

preguntaron si todo había ido bien y si podían escuchar lo grabado, algo a lo que accedió como era habitual en aquellos casos. Al principio todo iba bien hasta que los presentes empezaron a murmurar, a ponerse tensos, a hacer comentarios exaltados y a subir el tono de voz hasta que se organizó una acalorada discusión entre ellos. Le habían tendido una trampa y lo habían utilizado para conocer cómo iban a hacer la herencia los padres y enterarse de quién iba a ser el favorecido.

Era este un caso que Carmelo contaba para alertar a quienes se aventuraban en el trabajo de campo acerca de la necesidad de ser cautelosos y conscientes de que siempre puede haber cierta información que habrá que tratar con discreción. Fue un duro aprendizaje y una situación en la que se sintió muy avergonzado pero que le sirvió para no volver a dejar escuchar ciertas partes de sus entrevistas ni siquiera a los propios miembros de la familia de los entrevistados. Él hacía una lectura optimista de aquella embarazosa situación y decía que había tenido la gran suerte de que aquello le sucedió al principio de su trabajo de campo y le alertó sobre los problemas que podían surgir de hacer un uso inadecuado del aparato. A partir de entonces estuvo más en guardia y fue muy consciente de cualquier potencial desliz en aquel sentido. Afirmaba sin ambages que cuando pensaba en lo que le podría haber sucedido si no se hubiera dado cuenta del problema hasta mucho más avanzada su investigación se habría sentido muy mal.

Eran los primeros pasos con una nueva herramienta y como inevitablemente sucede con cualquier innovación, conlleva ventajas y solventa algunos problemas, pero crea situaciones novedosas y genera responsabilidades no pensadas ni abordadas. En realidad, cualquiera que se haya dedicado a la Antropología Aplicada sabe muy bien que una solución a un problema no es otra cosa que el nuevo problema con el que se pretende superar y/o sustituir el anterior. Ahora bien, no podemos limitarnos a dar por sentado que una forma establecida, reconocida y sancionada como la adecuada de hacer el trabajo de campo no pueda ser modificada para obtener resultados que hasta el momento no eran posibles. La introducción del magnetofón permitía preservar la literalidad de los discursos de los informantes en una medida difícilmente lograble hasta entonces y, también, captar tonos y matices de las conversaciones que la recogida en formato únicamente escrito no facilita. Sí, ya lo sé, después había que transcribir las entrevistas y al final acabamos en los textos, pero para construir esos textos ya no dependemos únicamente de recuerdos que pueden ser imprecisos, y siempre se pueden añadir a la transcripción literal anotaciones indicando que el tono de la frase recogida era jocoso, autoritario o exclamativo, y otros matices que percibamos en la grabación sonora. En Antropología es fundamental saber cambiar nuestra manera de mirar y aceptar lo cotidiano y normal y abordarlo desde una perspectiva diferente buscando nuevas formas de entenderlo. De ahí a innovar sólo hay un paso.

A sus estudiantes siempre les insistió en la necesidad de grabar las entrevistas en profundidad, pero dejando clara la obligatoriedad de obtener el consentimiento de la persona o personas implicadas. A este respecto era tajante, consideraba una falta de ética y le parecía inmoral utilizar las grabadoras de cualquier tipo sin

permiso expreso, en especial cuando los aparatos se redujeron enormemente de tamaño y era relativamente fácil ocultarlos. Repetidamente afirmaba no recordar, ni una sola vez, haber tenido problemas de rechazo a la hora de grabar entrevistas.

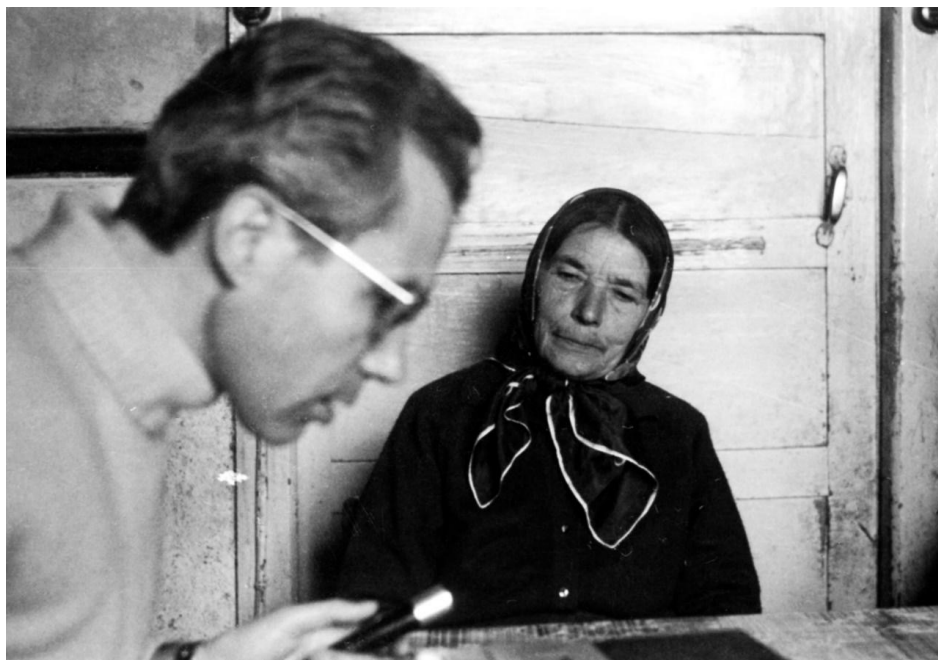


Foto n.º 2: Carmelo grabando una entrevista en magnetofón en Galicia.

Sí reconocía que a veces a los informantes les costaba arrancar y hablar de algunos temas, pero una vez que cogían confianza, afirmaba, acababan por sentirse cómodos y hablaban sin problemas. Sin duda, siempre es posible encontrarse con personas que no deseen ser grabadas y eso no disminuye el valor de sus aportaciones ni de nuestra etnografía resultante, en la que por encima de los medios técnicos empleados para recoger información está el encuentro humano (Sanmartín, 2003) que nos permite poner a prueba nuestra capacidad empática e imaginativa de aproximarnos a las vivencias de nuestros informantes y ser testigos directos de cómo las viven y nos las relatan, aunque sólo sea de manera incompleta (Lisón, 2010). Lo que realmente importa es estar allí, sobre el terreno, conviviendo, observando, dialogando, compartiendo, escuchando, sintiendo, concentrados en el instante, percibiendo los detalles, acaparando minucias, absorbiendo la atmósfera vivencial como el oxígeno que respiramos. Sin ese respeto por el trabajo de campo, sin esa inmersión, de nada sirve la tecnología que apliquemos para recoger nuestros datos por sofisticada que sea. Eso lo aprendimos con Carmelo y eso

también debe servirnos de referencia para entender la relevancia de sus aportaciones al pensar y aplicar aquellas por entonces novedosas tecnologías al servicio del quehacer antropológico.

Como suele suceder frecuentemente con las innovaciones, que se van produciendo en paralelo en diversos contextos no conectados entre sí, él no fue el único, aunque muy probablemente sí el primero en España, en introducir el uso sistemático del magnetofón en el trabajo de campo. Sin duda, en aquellos momentos ya había otros que, al igual que él y con más medios, hacían uso de las incipientes y aparatosas grabadoras de voz, de las cámaras fotográficas y de cine de reducido tamaño (hoy nos parecen mamotretos) que empezaban a proliferar. Pero eran esfuerzos un tanto aislados y poco conocidos más allá de los contextos limitados en los que se realizaban, y no se difundían ni daban a conocer hasta mucho tiempo después cuando aparecían en publicaciones. Por ejemplo, el texto de John Collier considerado pionero en plantear la fotografía como método de investigación en Antropología social y cultural se publicó en 1967, cuatro años después de los primeros pasos de Carmelo por Galicia; el experimento de Worth y Adair (1972) filmando con los indios navajo se publicó en 1972 y el primer manual de referencia sobre filmaciones etnográficas, de Karl Heider, en 1976. También es cierto que Gregory Bateson y Margaret Mead regresaron de Bali en 1939 tras tres años de trabajo de campo habiendo utilizado la fotografía y el cine como herramientas de recogida de datos etnográficos. Curiosamente, y aunque tras la Segunda Guerra Mundial, ya en la década de 1950, Margaret Mead volvió a presentar un estudio fotográfico y nuevos montajes de metraje cinematográfico, aquel esfuerzo tuvo muy escaso eco y se miró con perplejidad, como algo curioso. Habría que esperar hasta que Collier (1967) en 1967, de Brigard (1975) en 1975 y Heider en 1976 le prestaran la debida atención a algo que hoy se considera un hito innovador en la historia de la Antropología (Jacknis, 1988).

Señalo todos estos datos para poner en evidencia que Carmelo no podía disponer de referentes bien conocidos a los que imitar, siguiendo una tendencia ya establecida. Él había estudiado en Oxford con innovadores de la teoría antropológica como Evans-Pritchard y Godfrey Lienhardt, pero ninguno de los dos prestó especial atención a la fotografía (el magnetofón fue muy posterior a sus respectivos trabajos de campo). Aunque hay algunas fotos con las que se ilustra el libro de Evans-Pritchard sobre los Nuer en la tardía edición de 1974 (la primera es de 1940), el autor agradece a diversos amigos e instituciones el haberlas cedido amablemente para tal fin. Curiosamente, algunas fotos son de Charles G. Seligman, uno de sus maestros. Más aún, Carmelo, comentando la rareza que suponía en aquel momento el uso del magnetofón en el trabajo de campo contaba una anécdota sobre Óscar Lewis que vino a España con el «primer magnetofón», que él nunca vio, y la intención de hacer trabajo de campo. Llegó a instalarse en la zona de Guadalupe, en la provincia de Cáceres para recoger datos. Era ese detalle, entre otros, el que llamaba la atención, por lo novedoso de la máquina. Se proponía grabar testimonios de mujeres cuyos maridos habían estado en la cárcel

o los habían matado durante la Guerra Civil. Aquello resultaba del todo inaceptable en la época de la dictadura franquista y fue «invitado» a abandonar el país. En las notas biográficas sobre Óscar Lewis no he encontrado ninguna referencia a su paso por Extremadura; hay una escueta mención en el obituario publicado en *American Anthropologist* (Butterworth, 1972) a que hizo trabajo de campo en España aunque sin fecha de referencia. El propio Carmelo fue objeto en más de una ocasión de controles, por suerte sin consecuencias, por parte de la Guardia Civil, que no entendía qué interés podía tener alguien en desplazarse por lo que se consideraban remotas zonas rurales de Galicia haciendo preguntas que se grababan en un magnetofón.

#### IV. INMORTALIZANDO MOMENTOS Y SIGNIFICADOS

Un fotograma puede servir para encapsular un instante que no volverá a producirse en el tiempo y cuya representación visual podremos recuperar en el futuro para volverlo a ver en formato bidimensional cuantas veces queramos. A partir de aquí no hace falta pensar demasiado sobre cómo aprovechar esta cualidad para, por ejemplo, apoyar la construcción de una etnografía. Carmelo se había dado cuenta de esto y de otras posibilidades y estaba decidido desde el comienzo de su trabajo de campo en Galicia a tomar fotos primero y a probar suerte con la cámara de cine inmediatamente después. A pesar de que un buen número de las fotos que se conservan de su trabajo de campo en Galicia demuestran lo contrario, se definía como un fotógrafo de escasa habilidad técnica. Pensaba que debía captar testimonios visuales que avalaran aquellos datos que recogía en formato sonoro o escrito. Reconocía la dificultad que le suponía atender a hablar con la gente, grabar conversaciones, anotar datos y además hacer fotos, que era con lo que se sentía menos hábil. Además, en aquella época de cámaras analógicas, no automáticas y películas poco sensibles llevaba su tiempo hacer una toma que obligaba a enfocar primero, calcular las condiciones de luz y la apertura de diafragma con la velocidad de obturación y situar los anillos reguladores en la posición deseada manteniendo el encuadre y el foco, antes de apretar el disparador. Todo ello pensando que la película era en blanco y negro y la realidad en color y había que imaginar la conversión para que el resultado final fuera el esperado.

En una ocasión, recuerda, apareció un danés que le pidió acompañarle durante un mes para aprender cómo hacía el trabajo de campo y se entrevistaba con la gente. Hacía muchas fotos y le dejó un puñado de ellas, que le parecían de factura más profesional que las suyas. Le dijo que podía usarlas libremente para lo que quisiera y de hecho utilizó alguna, junto con otras suyas, en una publicación en francés de su libro sobre brujería. También guarda fotografías en las que aparece haciendo trabajo de campo tomadas por estudiantes que le acompañaban en las salidas de aprendizaje que constantemente organizaba. Algunas de las fotos que aparecen en sus archivos carecen de referencias para identificar a sus autores,

aunque sabemos que proceden de esos y esas estudiantes que participaban en aquellas experiencias de inmersión en el trabajo de campo. Incitaba a quienes quisieran escucharle a llevar consigo cámaras y a tomar instantáneas, porque filmar, aunque fuera en Super-8 era algo que quedaba fuera del alcance de estudiantes en aquella época. También hay que entender que el valor de las fotografías en aquel momento era una cuestión compleja, ya que no se publicaban, entre otros motivos, debido al importante encarecimiento que suponía incluirlas impresas. El mundo académico se regía todavía mucho más que hoy por un principio de autoridad basado en el «grafocentrismo» (González Alcantud, 1999) y las fotos eran, en el mejor de los casos, recursos artísticos de apoyo. ¿Qué hacer con un material gráfico de cuyo valor científico se dudaba y que no servía para otorgar valor añadido a las publicaciones académicas? Mejor dicho, no sólo no otorgaba valor añadido, sino que su abundante presencia podría fácilmente restarlo.

Además, las fotos analógicas no eran manejables, se imprimían en papel, en formatos pequeños que no permitían demasiada amplitud de encuadre porque se perdía el detalle. Para poder utilizarlas en la docencia y en la investigación eran más útiles las diapositivas, que se basaban en una técnica inversa a la de la impresión en papel y precisaban de proyectores especiales. Sus características las hacían difíciles de manejar hasta que aparecieron los automatismos para controlar la luminosidad, pues sus emulsiones admitían muy poco margen de error y había que enviarlas a revelar por correo a laboratorios especializados. Vuelvo a estos detalles para hacer comprensible el hecho de que Carmelo, a pesar de ser consciente del valor de prueba de la fotografía y del de representación de los hechos con un nivel de información diferente al del texto, entre otros, no llegara más lejos. Al igual que explica en su capítulo «Pequeña historia del nacimiento de una disciplina» (Lisón, 1971) cuando trata sobre las aportaciones de los Cronistas de Indias, el contexto en el que realizaron su trabajo de auténticos etnógrafos impedía el salto hacia la interpretación antropológica. Para eso habría que esperar un tiempo más propicio. Incluso en 1999, en las puertas del gran salto digital y más de tres décadas después, el profesor González Alcantud que entonces estaba liderando un titánico impulso de la Antropología Audiovisual escribía: «Salir del grafocentrismo para orientarse a la iconicidad es tarea atractiva empero química mientras no se remuevan los cimientos de la formación del conocimiento científico» (1999).

Pero Carmelo no se paró ahí y mientras hacía trabajo en el Corpiño observando rituales y exorcismos decidió que era imprescindible recoger aquello en película cinematográfica. En aquel momento lo máximo a lo que podía acceder era el 8mm y sólo en blanco y negro. Y aquí toca volver a analizar la situación. Por supuesto, existía también el entonces profesional 16mm, pero exigía una compleja preparación técnica, trabajar con un equipo para realmente poder funcionar, y unas inversiones muy cuantiosas para la época tanto en cámara como en película. Quedaba muy fuera de su alcance. Además, implicaba dedicar mucho esfuerzo y atención a lo técnico en menoscabo del trabajo de campo antropológico y ese era un punto en el que no iba a hacer concesiones. Sus materiales y datos visuales



(no había posibilidad de sonido sincronizado) eran parte integral de su investigación, la auténtica Antropología Visual. Ahí estaba la clave de su innovación en un modo práctico que luego, décadas después figuraría como norma en los escritos teóricos sobre este campo disciplinar (Heider, 1976; Worth, 1981; Rollwagen, 1988; Lisón Arcal, 1988; Ruby, 1996) y ahora es una seña de identidad indiscutible de la re-denominada Antropología Audiovisual.



Foto n.º 3: Carmelo filmando con su cámara de Super-8. en El Corpiño, Galicia.

A pesar de que no tuvo más remedio que optar por filmar en 8mm y luego en Super-8, que eran los formatos no profesionales, su trabajo no resultó nada fácil. Él mismo relataba cómo aquello era «muy complicado, porque [la bobina de película de 8mm] duraba minuto y medio cada lado y a lo que se pasaba el minuto y medio había que abrirla [la cámara] y naturalmente se velaba el principio y el final de lo que ahí había... había que darle la vuelta, volverla a poner y mientras tanto, claro, la cosa había pasado, sobre todo si era un ritual o igual si era una procesión. Es decir, que era inmensamente complicado, pero era lo único que yo podía hacer

y. entonces, con esto, comencé la película del Corpiño...». Y continuó hasta que el Super-8 fue sustituido por el vídeo en la década de 1980; encontró recursos para comprar una cámara para el Departamento de Antropología y un televisor para poder visionar los vídeos y siguió apoyándose en estudiantes a los que seguía ofreciendo la oportunidad de participar en aquellas memorables experiencias de aprendizaje sobre el terreno. Nunca dejó de estar interesado por aprovechar los recursos audiovisuales y promovió numerosos seminarios y simposios en los que se debatía sobre los desarrollos de la Antropología Audiovisual. En sus últimos libros recuperó algunos fotogramas de sus películas para ilustrar sus análisis y en Espiello, el Festival Internacional de Documental Etnográfico de Sobrarbe del año 2013, recibió el reconocimiento de dedicar la «Sección Mayestros» (Sección de Maestros) a visitar sus producciones visuales.

## V. EPÍLOGO

He escrito estos párrafos movido por un pequeño aluvión de impulsos que además de ser difíciles de explicar forman parte de una manera personal de entender la Antropología que, sin duda, está muy marcada por mis primeras aproximaciones a esta disciplina bajo la dirección de Carmelo Lisón. Soy muy consciente de que el pasado no existe como tal y adquiere entidad cuando lo reinventamos según las necesidades de dotar de sentido y significado hechos y situaciones de un presente que ya es futuro y, además, imperfecto. No voy a caer en la trampa de decir que, al menos en este caso, dispongo de cierta cantidad de material visual y audiovisual que encapsula momentos de ese pasado, ni que viví en primera persona algunos de los momentos que aquí se recogen, relatan y, por supuesto, interpretan. A pesar de todo no he podido resistir la tentación de hacer un repaso desde mi óptica particular y sesgada de algunas aportaciones del trabajo de Carmelo Lisón que son parte de su obra y de su legado y que no son tan secundarias como podría parecer.

He releído y citado muchas veces su «Pequeña historia del nacimiento de una disciplina» y he intentado que mis estudiantes de Introducción a la Antropología Social la lean y la comenten en clase. Los manuales anglosajones que plagan la enseñanza de la Antropología Social y Cultural del uno al otro confín, brutalmente etnocéntricos, se apropian de la disciplina y apenas reconocen la existencia de otras contribuciones a su desarrollo, más allá de la aportación de territorios y nativos indígenas como flamante objeto de estudio. Desde aquel capítulo me ha dolido el olvido y se ha agudizado el dolor cada vez que he traducido un texto de Antropología.

Hay una pequeña historia del desarrollo de la Antropología Social moderna en España que me parece importante que no quede en el olvido. Y además tiene su propio valor y debería servirnos de fuente de reflexión y de inspiración. En ella Carmelo Lisón juega un papel importante y, por supuesto, no es el único

protagonista, pero es de quien aquí tratamos. Y hay hechos que, aunque considerados menores, me niego a dejar pasar por encima. Fue un innovador tenaz y con cada paso que daba introduciendo nuevos elementos en el trabajo de campo, superando dificultades que hoy pueden sonar a historias de viejos, cambiaba un poco la manera de pensarlo y de pensar la práctica antropológica, y nos hacía reflexionar sobre cuestiones como las maneras de abordar la relación con los informantes, la recogida de datos en nuevos formatos, cómo integrarlos en nuestras etnografías y en nuestro análisis y en nuestras publicaciones y en nuestra labor docente... Cada uno de sus pasos innovadores en aquella España de la década de 1960 suponía enfrentarse a obstáculos gigantes ocultos tras la inocua apariencia de simples molinos de viento.

Vivimos tiempos de relativo olvido de la importancia del trabajo de campo y como decía Davydd Greenwood (2012) de «...excesos floridos de la teorización ya tan popular en la academia...», tiempos en los que el valor de las aportaciones científicas depende mucho más de surrealistas bibliometrías que de la investigación básica que atiende a hechos y comportamientos observados sobre el terreno. Esto podría estar conduciéndonos a una situación en la que nos preocupa más que los estudiantes aprendan a citar correctamente, a transcribir y ordenar formalmente datos como si de un inexcusable rito de paso se tratara y a superar con éxito las barreras de la burocracia académica (todo ello inútil en la vida real), que a interiorizar el espíritu del trabajo de campo y a prepararse para la práctica antropológica en la era digital.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Brigard de, E. (1975). History of Ethnographic Film. En P. Hockings, *Principles of Visual Anthropology*. Mouton: The Hague. Versión en español de 1995, Historia del cine etnográfico. En E. Ardévol y L. Pérez Tolón (eds.), *Imagen y cultura. Perspectivas del cine etnográfico* (pp. 31-73). Granada: Diputación Provincial de Granada.
- Butterworth, D. (1972). Oscar Lewis 1914-1970. *American Anthropologist*, 74(3), new series, pp. 747-757.
- Collier, J. Jr. (1967). *Visual Anthropology as a Research Method*. Canadá: Holt, Rinehart & Winston.
- Evans Pritchard, E. E. (1974). *Los Nuer*. New York: Oxford University Press.
- Geertz, C. (1973). *The Interpretation of Cultures*. New York: Basic Books.
- González Alcantud, J. A. (1999). La fotoantropología, el registro gráfico y sus sombras teóricas. *Revista de Antropología Social, UCM*, 8, pp. 37-55.
- Greenwood, D. J. (2012). Navegando sin hoja de ruta: el papel de Carmelo Lisón en la creación de una Antropología profesional en España. *Revista Antropos*, 235, pp. 177-180.
- Jacknis, I. (1988). Margaret Mead and Gregory Bateson in Bali: Their Use of Photography and Film. *Cultural Anthropology*, 3(2), pp. 160-177.
- Lisón Arcal, J. C. (1988). Notas de Antropología Visual. En Lisón, C. (ed.), *Antropología social sin fronteras*. Madrid: Instituto de Sociología Aplicada de Madrid.
- Lisón Tolosana, C. (1971). *Antropología Social en España*. Madrid: Siglo XXI.

- Lisón Tolosana, C. (2010). *Antropología Integral*. Madrid: Editorial Universitaria Ramón Areces.
- Rollwagen, J. (1988). The Role of Anthropological Theory in Ethnographic Filmmaking. En J. Rollwagen (ed.), *Anthropological Filmmaking*. Paris: Harwood Academic Publishers. [Existe traducción al español en Ardévol & Pérez Tolón (1995)].
- Ruby, J. (1996). Antropología Visual. En D. Levinson y M. Ember (eds.), *Enciclopedia de Antropología Cultural* (Vol. 4, pp. 1345-1351). New York: Henry Holt y Cía. [Tomado de *Revista Chilena de Antropología Visual*, 2, 2002, pp. 154-167].
- Sanmartín Arce, R. (2003). *Observar, Escuchar, Comparar, Escribir. La práctica de la investigación cualitativa*. Barcelona: Ariel.
- Worth, S. y Adair, J. (1972). *Through Navajo Eyes. An Exploration in Film Communication and Anthropology*. Bloomington: University of Indiana Press.
- Worth, S. (1981). *Studying Visual Communication*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.